TRANSFIGURACIÓN DEL HOMBRE EN DIOS

AUTOR.: JUAN MANUEL PÉREZ ÁLVAREZ

I

Caminando por el sueño va el agua,
escanciando en la forma la vida,
que es sucesión que simultánea se hace
en el rostro del mundo: la palabra.
El monte de su voz se alza en el aire
como tenue bandera de silencio
que crea los perfiles de las cosas:
ondas verbales de un espejo quieto
alrededor del nido del origen.
El viaje del agua es un delirio.
El viaje del agua es la verdad.
Pero tú solo admiras oro y plata
donde debieras ver tu inteligencia,
caverna donde el fuego resplandece;
resplandor de tus manos en la nada.
Hay un cuerpo despertándose en ti,
una mañana al fondo de tus ojos
donde la plenitud abre su puerta.
Oye los pasos de la inmensidad
que en la isla vaporosa de la mente
te está llamando ahora por tu nombre.
El dedo de tu voluntad se eleva
y señala el misterio del cielo.
¿Qué velará ese cristal soberano
cuya transparencia es un castigo?
Se terminan ahí tus pensamientos
que en constelaciones se reúnen.
¿No son ellos, dispersos, tus deseos,
sumergidos en nocturna memoria?
Ellos, alados, son tus semejantes,
con los que tú quisieras reunirte.
Mas, lejos, en el término los ves.
Allí está el significado de tu sueño.
En medio, sin embargo, está la noche.
Entonces comprendes: tus sueño existe.
Sientes el universo en tu interior
creciendo en longitud de una semilla,
que es el punto donde el tiempo comienza
a engendrar el hijo de tu anhelo.

El hijo es la obra que creaste,
y entre él y tú está tu voluntad.
Y ella, sola, es la distancia que os separa.
En ese triángulo está el Ser completo,
con tres máscaras de un mismo sueño:
el antes, el ahora y el después;
las conjugaciones de un mismo verbo.
El polígono establece la medida
donde caben los bosques de la nada.
Ese polígono alberga todo;
su tríada acota la realidad
en la muralla de la invisible razón.
El amor es la sustancia de la lógica.
Te levantas y miras un sol profundo
donde pierde su nombre tu memoria.
En el vaso de la esperanza bebes,
y deambulas por las calles de la edad
recordando unos ojos que te vieron
tras el escaparate de la tarde.
¡Vive! ¿No ves el mar vencido
que a tus pies se devana lentamente?
Una isla preciosa eres en medio
de un océano de energía demente
que sobrevive en círculos y en ondas.
Sobre tu espalda se pierde tu nombre
en la gloria de la infinitud.
Tu rostro está repartido en reflejos,
que son los elementos, animales,
congregados en torno a tu sentido.
¿Puede seguir acaso tu mirada
las partes en que se divide el todo?
Las cosas son semejantes a ti,
mas están lejos de tu corazón
-el domicilio de tu inteligencia,
habitación que un velo de tiniebla
absorbe en la floración del misterio-.
El Libro de la Vida, cuyas letras
sobre papel de luz están escritas,
repiten lo que eres para siempre,
una gota que regresa a su fuente,
un verso que nunca se termina.
Hoy eres lo que ayer quisiste ser,
y las raíces de tu sentimiento
se hunden en el reino del abismo,
donde inconsciente Plutón, Lucifer,
caído de los astros que soñaste,
en forma de gravedad o fracaso
se ha sepultado en el aislado infierno,
y allí gime por siempre en el dolor.
Tus raíces son el pecado, el miedo,

porque tú temes cuando no conoces,
y en el desconocimiento vives.
¿Qué ha de ser de ti, si no eres nada
más que un principio en el interior de un sueño?
Por eso la boca del terror se abre
como una tumba donde no entra el aire,
para absorber tu pobre soledad,
que en el infinito no se sostiene.
Por eso tú no cabes en la muerte,
y en la agonía extensa del sepulcro
tus lágrimas graban una esperanza,
una salida para tu oración,
un oído que escucha tu plegaria.
¡Allí está por fin El Que Te Oye!,
el discurso de tu propio silencio.
Allí está la Idea, allí la Amada,
en el palacio de la inteligencia,
que te muestra la escala del Amor.
¿Su nombre? Dios, señor de tu Palabra.
Bendita sea su luz en tu tiniebla.

II

Tu cuerpo es una inmensidad de miembros
que encienden la noche
oscura y olvidada como un manto,
como un manto de emociones marchitas
que, apenas, reunidas en sonidos
articulan el perfecto mundo.
Tu cuerpo es una sinfonía lenta
que cae sobre una pila de nostalgia,
cuya canción etérea
es una nube que, viajando sola,
por la pradera azul de la distancia
vierte la redención desde su seno
como lluvia susurrante.
Tu cuerpo es el Árbol de la Luz,
cuyas raíces son instintos pobres
amarrados a la figura del sueño,
alimento del tronco del lenguaje
-fábrica de apariencias y de estatuas-
sostén vertical de la inteligencia,
granada dividida en argumentos,
ramaje altivo, patria de las hojas,
que son los números de la esperanza.
Tu cuerpo es la comunicación,
enjambre de términos milagrosos,

desvanecidos en la corriente limpia
del hilo temporal, que en laberintos
nos conduce a la Patria
de las sagradas veladuras, los átomos,
cuya desnudez ya se insinúa
en la cintura de la meditación,
hasta quedar, radiante y efectiva,
en el Significado Omnipotente.
Tu cuerpo es mi vida.
En tu vientre,
está la espada de mi voluntad,
y en la curva de tu Sabiduría
me duermo en la inocencia soberana
de la alegría
que mana de tu piel ardiente.
Tu cuerpo es una abstracción que rebosa
el vaso del discurso que te canto.
Tu cuerpo es un templo.
Yo, tu sacerdote,
sacrifico en tu música una memoria,
hablo desde tu boca transparente,
cristal heroico a través del cual
la trascendencia de mi llama vive.
Tu cuerpo es mi Rey que se derrama
por mi mente y cultiva sus jardines
fundiéndose al calor de mi deseo,
haciéndose delgado entre mis dedos,
como un fruto de concentrado aroma
que se eleva en vapor ligero
hacia donde los pensamientos se congregan,
en un edificio de silencio,
de santo silencio habitado por todos.
Tu cuerpo es la victoria contra el miedo,
y tu mirada es la felicidad.

III

Una carta llegó al planeta del Imperio desde tierras lejanas. Cuando los prefectos rompieron el lacre del sobre encontraron un texto en blanco. Entregaron la carta al pueblo para que cada cual diese su interpretación, ejercitando la libertad común, que es el Derecho, de haber sido destinatarios individuales de la carta. Pero entre todos los pareceres, ninguno se impuso como doctrina y la opinión causó la división. Aún así, en la guerra de las opiniones un hecho era notorio y evidente: la llegada de lo Desconocido. Para unos, escándalo y locura; para otros, medicina y salvación. Su sentimiento era el mismo

y los unía en una verdad de infinitos rostros. En esa verdad, las metáforas escénicas de las emociones se quitan las máscaras: el Imperio es la muerte, la carta el mensaje del silencio, y el texto una excusa para la comunicación inmortal del sentir, que es la memoria.

IV

La Muerte es el nombre del temor.
Habita entre filos de fuego,
allá en el proceloso abismo
donde el animal de la Bestia que fuimos

aún exhala tóxicos traumas venenosos,
y sus mil cabezas sin pensamiento
nos ensordecen con sus gritos atávicos:

el recuerdo del dolor sufrido
y la injuria del paso del tiempo
que, como un río, arrastra sin demora
un universo hacia otro universo,
el principio hacia el fin que es infinito,
y el infinito, ¿quién puede medirlo?
Es la Destrucción un lugar de llanto.
En sus regiones negras y aisladas,
primarias y en su realidad irreales,
la sonda de la ciencia es un error,
porque sus criterios se desintegran
lentamente hasta desaparecer.
La noche de las lejanas hogueras
que invierten el sentido de lo que somos,

nos vuelven fantasmas insostenibles
que deambulan, pálidos y ancianos,
por un terrible espejo sin respuesta,
por un muro de erizadas angustias,
por la superficie del agua helada
de un pozo de misterio sin fondo,
Estigia que aborrecen nuestros ojos,
los ángeles de la divinidad.
¿Qué son los juicios de las apariencias
ante el Juicio en el corazón del Ser?
En el valle de las nieblas marinas
donde el peso es una maldición,
al fondo de las aguas de la música,
¿qué queda de ti cuándo no eres tú?
Traidor a la vida, el metal, Plutón,
promotor de guerras y discordias,

con Caronte, la mano que lo anuncia,
yace como esqueleto instintivo
en una placenta desgarrada,
el sudario de la melancolía,
de la culpa, que, como una campana,
repite tu miseria que no se borra
más que con el aliento del amigo,
más allá del miedo, en la gloria
de la convergencia absoluta y plena
de tus sentidos en el Sentido,
del obstáculo en la justificación
verbal del lenguaje que aprendiste
y que es la meta de la Comprensión,
la madre que te envuelve en su canción,
canción que es la vida: caridad.

V

Hay un lugar tranquilo
en donde la materia
se relaja en burbujas instrumentales,
en el cual las sombras desinfladas
se tienden en coloridos lienzos,
y los vivientes son invertebrados,
y las juveniles mañanas son
tan gratas como los atardeceres.
Hay un lugar sin peso ni medida,
en donde los navíos de las horas
- cuyas mercancías, cuyas riquezas
se vuelcan en el tapete del aire-
echan raíces en la firme roca
de la memoria, y siempre permanecen.
Ese lugar, al fondo de una gruta,
llena de estalactitas pasionales
- vastas multiplicaciones del misterio-
es el Edén de la íntima alegría,
poblado por el ave sonora
de las resurrecciones.
Hay un lugar amable
donde el camino se interrumpe,
y el descanso de la plena belleza
de la desnudez sincera de la rosa transparente,
se inaugura como un reino de aroma.
Sentado a la mesa
de la conversación nunca concluida,
del manjar prolongado en cada nota,
del piano soberano del amor,

modela el Entendimiento estatuas
- las virtudes, Musas del Lenguaje
o mesa en que compartimos la vida-
y las facciones de la luz, las cosas,
diversas como efectos de una causa,
animales que al son de nuestro aliento
se mueven alrededor de nosotros
en un banquete continuo
- diamante vocal de Sabiduría-
en una danza que abre las mil puertas
del mensaje que en cuerpo de paloma
se posa en la superficie del alma.
En ese lugar donde espacio es tálamo,
lecho verde de la esperanza, aguardo
en la pureza de la inteligencia
-la virgen de providente peplo-
la visita del ángel ardoroso
que pulse los dos ríos de mi sangre,
amante y amado en un abrazo
desvanecido en la promesa del mar:
mantel argumental, patria común
de las migajas de las sensaciones.
Hay un lugar que son todos en mí.
Hay un lugar donde el embrión dorado
de alas sacramentales se extasía
naciendo cual Narciso, en el reflejo.
La yema de su dedo toca el arpa
de la misericordia de los astros,
componiendo la delicada tela
que se rompe en el encuentro que engendra.
Majestad de los salones sumergidos
- de los dulces ebanistas, los recuerdos-
se precipita en escala purpúrea
desde el costado herido de la imagen.
Se vierte, torrencial, la incertidumbre
- asustadiza Psique sorprendida-
en el Apóstol sobrio del Consejo,
cuya misión es su misma identidad,
una cruz, nebulosa del encuentro
en la mansión de un huevo de fe ciega.
El reposo rasga la luz del verbo,
del verbo, cuyas mil conjugaciones,
como granos de proverbial granada
se vierten en el Ser. La luz estalla
y se constela en fórmulas que pasan,
pero el acto supremo que se expande,
el acto de dispersar la medida
-el torso del límite del espacio-
llega a colmar el vaso de la espera
y alimenta los rincones del día.

El lugar de la gloria es un instante,
es un lugar sin ubicación cierta,
donde el Tiempo es un niño en el pesebre
de la abstracción de la naturaleza,
y ese prado de césped es el voto
de la vocación de la existencia,
dibujo de un rostro en el abismo.

VI

Subamos al monte de la Verdad.

Una huella móvil es el mundo,
un fruto en la alta rama del árbol,
como un anillo en el dedo del Señor,
a cuyo abrazo todo se somete.
¿Quién es el que manda sobre el Tiempo
y reina en la nevada eternidad?

Subamos al monte de la Verdad.

Intérpretes somos de la huella
estrellada del motor soberano,
la vida es una pérdida constante,
el pago de una deuda a cada paso,
el interés de un préstamo sin fin,
una mano que, sin darse, todo da.

Subamos al monte de la Verdad.

El Señor está sentado en el trono
de la mente, en la inmovilidad.
Su báculo es la serpiente antigua
que envenenaba el agua de la conciencia.
Ahora es la columna de la lógica,
soporte argumental de la Memoria,
y en bien torna a volverse el viejo mal.

Subamos al monte de la Verdad.

En el fondo, en el fondo del sentir,
no hay más que una unívoca presencia.
La sangre mana de una roca de luz,
y cambia el gris del tiempo en oro eterno.
Esa presencia, cuyo rostro es el alma
-seda de la larva del movimiento-
esa presencia en el amor está.

Subamos al monte de la Verdad.

Subamos, subamos al alto monte
del Espíritu, suma de nuestras voces,
donde hallaremos un hogar abierto
para el vuelo de nuestras emociones,
donde la competencia es hermandad,
y el cuerpo del Cristo, arpegio del Ser,
una fuente estable como el pan.

Subamos al monte de la Verdad,
desde la noche de las confusiones.
Construyamos en sus cumbres la ciudad,
pájaro de las interpretaciones,
en el monte de la eternidad,
en el monte de la divinidad.

VII

La magnificencia de una tormenta, la detonación de una bomba en un desierto de soledad, ¿qué son en comparación con la dureza de la paz del Alma? Paloma de Venus, racimo blanco de dicha, puerta de la alegría, torre de marfil del afecto, virgen del omnisciente beso del Ser. ¡Bien digo, sí, paloma, porque eres mansa y ligera y portentosa! Emprendes el vuelo desde la barca de velas encendidas como alas de mariposa, la barca de la Sensación, y atraviesas el ondulado cuero azul del mar, dragón del tránsito, hasta llegar al olivar de la suprema Inteligencia, tierra firme para el sentido. El mar es una emoción que nunca se termina, un juego de causas y efectos, fenomenologías, descubrimientos. El mar es una grabación de la voz del Principio, del Padre, del actor cuyo papel es nuestra maravillosa existencia. ¿Y tú quién eres, Alma? ¿Un resplandor en el diluvio? No respondes más que con tu vuelo sobre el vacío de las cosas. El universo no alcanza para hacerte un collar a la medida. Es cierto que has visto llorar al Hombre, que es el resumen del tiempo y el libro de la Creación, pero sus lágrimas de arrepentimiento lo han redimido con una ducha de Gracia, con un bautismo de gloria. Hay esperanza. Hay redención. Lo sabemos, porque te hemos visto llegar a nuestra carabela soñadora con un ramo verde de olivo, nosotros, marineros que ya desconfiábamos de nuestra pericia, gobernalle tecnológico, balsa de progreso, ensamblaje de sofismas. Estás aquí, Alma, estás en el cielo y en la tierra que se contradicen, entre cuyas latitudes nosotros navegamos. Eres una doncella vestida de incandescencia. ¡Salve, reina de los mares, patrona de quienes buscan el puerto! Se agotó el producto de la pesca, y el hambre y la sed se padecen en el corazón,

el vientre de la voluntad. Danos un milagro, un continente. ¡Ah, mira, vigía, pontífice heroico, cuerpo que arde en el espacio! ¿Es posible que podamos ver la Salvación? La promesa se hace tierra, óleo de misericordia, cabeza de la justicia, que unge la reseca piel de la memoria. ¡Dichosos los que hemos visto, Alma, tu manifestación en las alturas donde el sol y la luna se desposan! Nos has dado la Patria, la Nación, cuya bandera eres tú, femenina Madre. Has construido un puente entre la Música y la Lógica, entre el Sonido y el Significado. Has dado a luz al Lenguaje.

VIII

PARÁBOLA DEL LECTOR

Leo un libro de luz en un patio de sombra.
Leo una esfinge que vomita enigmas.
Leo en un renglón los caracteres del mundo,
números y símbolos que componen la Ley.
Los hechos que leo son parte de mi vida,
siluetas animales que son mis recuerdos
en la mansión segura de mi existencia sola.
Leo lo que he vivido, y por eso comprendo.
Un libro es un espejo que refleja mi rostro,
y todos los libros están en el Libro,
los ojos sin fondo del Padre Verbal.
En el atril de la razón hojeo tus páginas,
mi retrato cinético en el tiempo perdido,
y en cada elemento del gran escenario
de la narración –motivo de un verso-
tomo atuendo distinto, en baile de metamorfosis,
y pierdo y gano encarnado en la inmensidad.
Yo no soy más que una cambiante memoria
que aguarda, latente, al fondo de las cosas.
Cada sensación escribe su frase
en un concepto que la lengua acaricia.
No hay término para el sentido del Libro,
el Yo de mi efecto en el Tú de su causa
se vuelven esencia de lo que permanece.
El Antes del Libro y el Después de mi mente
se unen en el Ahora del sentimiento.
Esa Trinidad es la Realidad.

IX

La Palabra se hizo sencilla como un niño,

como un sol sugerido nacido entre las manos
del mundo oscuro y cóncavo, arca de la alianza,
virgen natal, isla desierta de cuerpos,
combinadas formas en torno a tu Sentido.
Mesa de la Esperanza, tabla vegetal del Ser,
extensión milagrosa que cabe en una herida,
la herida de la existencia, que es placer y dolor,
el punto de conexión del Pensamiento.
Copa humilde de vino que diste la alegría,
vestida de banquete, en barro de materia
plástica, que no es más que máscara de tu rostro,
una rosa perpetua resumida en la cruz,
suma absoluta del principio con el fin.
¿Hay mineral más firme que tu firme mensaje?
Entre un buey y una mula, bondad y diligencia,
fuiste una sonrisa en mitad de la muerte.
Y es eterno tu gesto de valentía alegre,
Palabra que tomaste el cuerpo de un profeta,
Palabra que tomaste la figura humana,
y la engrandeciste desde su contingencia.
Victoria es tu torso clavado en la cruz,
del que mana una fuente constante de luz
por la que vemos todo lo que somos
como si viviéramos dentro de ti.
Tu Espíritu es nuestra memoria.
Tu Espíritu es el primer recuerdo.
Amor, dedo candente del Génesis.
Oh Palabra, copa de energía.
En tu pasión plena todo es suficiente.

X

Eros y Psique en el jardín de los aromas,
los dos amantes vivos del Cantar de los
Cantares,
cogidos de la mano en eterna primavera,
y la Muerte en una acequia, cómica calavera
-mueca helada de dientes zodiacales-.
Se escucha un surtidor de confidencias,
y la ausencia se vuelve acogedora.
El jardín está sembrado de cadencias,
hilos de sueño entretejen la aurora.
Los Átomos bailan con las Neuronas
mientras se besan amada y amado,
haciendo con sus brazos un estrado
para la juventud de las hormonas.
El jardín es el lecho de los amantes

al pie del árbol de la Vida.
Sus miradas abarcan la medida,
son los dos hemisferios sus semblantes.
En los desposorios del silencio
se unen para siempre en un enigma;
sus miembros son la frente de Inocencio
-el Gran Ser- cuya esencia es un estigma.
Eros y Psique son la luz y su reflejo,
astros que rotan con ritmo parejo
en el jardín de la simetría,
matemática de la Sabiduría.
Los contrarios se enlazan en el Acto,
sellando el universo como pacto,
firma natural de un Dios escondido
desde el que brota el agua del Sentido.
En el juego de la semejanza
un desenlace misterioso avanza,
la conjugación irreal de los contrarios.
El Bien y el Mal son solo imaginarios,
pues son cláusulas de un mismo contrato,
y su diversidad, un mismo dato.
Mas el jardín es una tosca apariencia
superada por la transparencia.
La Manifestación huye en tinieblas,
metáfora de dudas y de nieblas.
¿Qué queda del jardín? Solo la Gracia,
esencia del sentir, que todo sacia,
ruiseñor sideral de la alegría
que canta desde una rama de ironía.
La tumba del mar es el beso ameno,
y el Mal se vuelve en esperanza bueno.

XI

En este trozo de pan que sostengo
cupo tu cuerpo de divinidad.
No te bastó con ser, también te hiciste
parte del hombre que te invoca.
Comí de ti, Señor que das el Alma,
y me dormí en tu corazón de Padre
desvaneciéndose mi soledad.
Vi la vida de nuevo con tus ojos,
los prodigios que nunca había visto,
y conocí la fuente de tu amor,
donde emergía la flor de la materia
como un sol de radiante justicia.

Probé la sencillez de tus preceptos,
la mansedumbre de tus enseñanzas
y me llené de un sol de fortaleza
que hablaba por mi boca, y eras tú.
Donde un vacío desierto de tristeza
abarrotado de estatuas caídas
se prolongaba en avenidas grises,
nació un vergel de delicias secretas,
y la riqueza roció mi sombra.
Entonces desperté de mi placer,
y solamente lo hice para verte.

XII

LA BARCA DE LA RAZÓN

Los testigos de la vida,
con Pedro en la barca estaban,
sobre el cristal tremolante
del tiempo, canción del agua.
Era de noche, noche oscura
impenetrable a la cábala,
noche cerrada con llave,
a todo nombre cerrada.
Por las rendijas del alma
el miedo atroz se colaba,
miedo cobarde que esconde
su débil faz entre máscaras.
Pedro estaba revestido
de armadura de esperanza,
con corazón por escudo
y discurso por espada.
Mas era su fortaleza
un recuerdo, una palabra
repetida muchas veces
y otras tantas olvidada.
De la razón capitán
era. Su voz ordenaba
a la tripulación vasta
que en la barca navegaba.
Se abrió de pronto el silencio,
la piedra se resquebraja,
y en explosión se derrumba
el palacio de la calma.
Los testigos – los sentidos-
ven venir desde la barca

a un espectro conocido
que camina sobre el agua.
La razón tiembla ante el monstruo
del absurdo, huera magia,
la más dañina catástrofe
que amenaza, la ignorancia.
“Soy yo” confiesa el espectro,
“el Maestro. La Palabra.
Estáis viendo la verdad,
un amigo es quien os habla”.
Asustados, los testigos,
sin valor, tiemblan y callan.
Pedro, alzando la cabeza,
escucha una voz humana.
En los ojos del espectro,
Dios, al fondo, los miraba.
“¿Eres tú, Palabra viva
quien camina sobre el Agua?”
preguntó Pedro, “Señor,
si es verdad, haz que yo vaya
con tu poder, hacia ti
sobre la piel de las aguas”.
“Ven hacia mí como has dicho”
dice el Maestro con calma.
Pedro, sin comprender, pone
sobre el abismo su planta.
Desnudo su entendimiento
se sostiene en su mirada.
Pero, de repente, grita,
pues el vértigo lo espanta.
“Señor, sálvame, que caigo;
un foso sin fin me atrapa”.
Una mano, firme, toca
su memoria evaporada;
una mano lo sostiene
y hacia el cielo lo levanta.
“¿Por qué has dudado de Mí?
Solo tu temor te engaña.
El temor te viene siempre
por falta de confianza.
Lo que Yo digo, se cumple.
Una acción es mi palabra.
El viento de la opinión
no tuerce el río del alma.
La razón hace preguntas,
mas un Hecho es quien las causa.
Yo estoy siempre con vosotros.
Soy yo vuestro amor que os salva”.
Pedro, piedra del sentido,
permaneció sobre el agua.

El Hombre a Dios conoció
mientras el tiempo pasaba.
El Hombre a Dios habló
solo, cuando navegaba.

XI

Creer, mientras la lluvia cae
sobre el monumento del alma.
Creer como quien sueña.
Creer, mientras el mundo pasa.
Hacia abajo caen todas las piedras,
hacia abajo caen también las águilas.
La lluvia va cayendo lentamente,
la lluvia lírica y delgada
sobre los tejados en penumbra,
besando el cristal de las ventanas,
componiendo este poema a su paso,
un poema de gotas derrumbadas,
un poema de llanto,
un poema de lágrimas.
En las calles no hay nadie.
Creer, mientras la lluvia canta.
¡Oh, diluvio del tiempo!
Creer, más allá de lo que cambia.

XII

El Verbo estaba en el bar
tomándose un café tranquilamente,
mirándose en el espejo de todos.
Veía la ficción en las pantallas
de los escenarios del ocio,
la droga secreta del olvido,
la prostituta de la Enfermedad,
los jugadores de la ruleta del Engaño,
y las Tentaciones en los retretes del miedo.
Removía el café marcando el tiempo
y bebía sorbos lentos, cual proverbios
que de su boca salían, docentes parábolas.
Pero nadie lo veía, pues su diáfana frente
huía de la gloria de los espejos.
“¡Qué aburrido teatro de hábitos

es este bar donde todos los astros
mueren!”,
dijo mientras apuraba el pocillo
como única queja a lo sensible.
Todo era de la misma materia:
las bombillas, artículos de industria
esparcían una anémica luz;
las sillas estaban gastadas,
y la barra cubierta de grasa,
y los ceniceros abortados de colillas.
Se escuchaba un quejido de máquinas,
se escuchaba el tintinear de los metales,
las monedas cayendo en las bandejas,
las luces de neón y fluorescente
chispeando en la noche arrebozada.
Y la calefacción
de los radiadores incandescentes
le alojaron el frío en los pulmones.
El etílico flotar de los alcoholes
le hizo sentir nostalgia
de los clásicos edenes del espacio,
y con una pipa en la boca
expelió incienso a las alturas
en forma de volutas de oraciones.
Una novela amarilla y deshojada
cuyo título rezaba “Testamento”
estaba abierta entre sus gafas donde el Saber
había refractado las luces pálidas
en un potente lago de fotones,
dones que iluminaban la tinta impresa
desde hacía milenios de milenios.
Y el Verbo dijo “Hágase” y entonces
la Nada fue hecha, y el vacío
se alojó en el corazón del mito,
y ya no hubo más que el cordero
transparente,
la víctima del sagrado sacrificio,
la sensación eterna,
reinando sobre las ruinas de la muerte
soñada.

XIII

Pienso en ti desde que me levanto
en la conciencia del día
hasta que me sumerjo en la noche de tu
nombre.

Mi boca es el sol con que me alumbras,
el sol de sangre que anima la vida
modelándose en racimo de prodigios.
¿Dónde sesteas, Invisible,
Amor de los amores?
En las grutas del dolor te busco
y solo el eco de mi voz responde.
Entro en las minas del conocimiento,
y las vetas que copian en metal tu luz,
y las piedras preciosas de los siglos
a nada me saben,
como una bocanada de sombra.
Envidio a las montañas y a los árboles
de la memoria, por estar próximos a ti,
y el rebaño de las nubes me conduce a tu
imagen,
rostro de argumentos, fuente de paisajes.
Deseo el tacto de tu cuerpo de viento,
tus dedos que tañen el arpa de mi alma,
la música de tu sentimiento
sobre una blanda roca de inocencia.
Las fieras de los instintos se detienen
ante tu Majestad serena derramada en
formas
que sostienen como columnas la bóveda
del tiempo,
el lago donde tu cabeza se reclina,
vehículo sucesivo de tu gracia.
Te amo con el amor que me entregas,
anillo de verdad que no declina,
puerta que conduce a la alegría,
mesa puesta en mitad del corazón.
Tuyos son los ojos con que te miro,
doble naturaleza del ser que en mí
hiciste,
barro y gloria
en ave de alianza que tu nido persigue
por la atmósfera de tu voluntad.
Tu ira es un beso en mi mejilla,
un beso de mármol sobre la raíz de la
vida,
órgano de la armonía.
Mi verso enamorado es un silbo de tu
palabra
como llama de inocente blancura
que en su vientre aloja el brillo de tu
fuego,
poder sobre la diversidad.
Te amo en la pluma de mi cuerpo,

hacia el significado de tu voz que me aguarda.

XIV

LAS CALLES DEL CORAZÓN

Las calles del corazón están cargadas de bruma;
las iglesias vacías, solos los aeropuertos,
las calles están mojadas de melancolía.
La ciudad se vuelve un jardín de invierno.

Paseo por las plazas donde se alzaban bustos
de antiguos personajes que anochecieron;
qué ha sido de los césares que abrazaban mundos;
qué ha sido de sus triunfos, qué ha sido de ellos.

Las farolas han apagado su llama,
las farolas parecen estrellas de sueño.
En penumbra camino por estos arrabales.
El Príncipe del Día ya duerme en el cielo.

La luna, menguada, vestida de novia,
con prestada luz envuelve mi cuerpo.
Me embriaga su aroma de tierras lejanas,
me agrada su voz que parece silencio.

Si ahora muriese, morir no podría.
Morir no podría. Vivir es mi aliento.
Quién pudiera unirse con todos los hombres,
quién pudiera verse por siempre con ellos.

Se desborda mi corazón como copa.

Estoy enamorado del rey de los tiempos,
aquel que se sienta sobre mi destino.
Jamás en la vida dejé de quererlo.

Las calles son rectas y son regulares,
en la negra bóveda brillan los recuerdos.
En la negra bóveda, palacio de luces;
en la negra bóveda, espejo del tiempo.

El corazón mío en la noche te busca.
Su ciudad de calles es solo un pretexto.
En el persistente huir de su latido
-reloj de costumbres- yo todo lo veo.

Tanta geometría guardará algún día
un solo tesoro, un solo deseo,
como un caballo libre en esta noche de
espera,
la idea que amamos y que
encontraremos.

No quiero soñar mientras dure la noche.
Quiero compartirla con mis
pensamientos,
hermanos de mi alma que en su cuna
ríen.
Quiero que ella pase y me deje despierto.

Canta mi lengua la nueva alborada,
sus ojos sin lágrimas, sus lentos cabellos,
su cuello esbeltísimo en el horizonte,
su frente encendida, sus labios abiertos.

Respiro la hora que junta mis pasos,
respiro la hora que aún no comprendo.
La noche se vuelve cristal de delicia,
y a través de ella yo todo lo veo.

XV

Emoción sin par de la velocidad.
Dispersión de los átomos en astros.
Viaje al polo de la Nada.
Una potencia en la extensión, el Ser.
Un músculo es el espacio,

movido por nuestro deseo.
Órbitas elípticas de los pensamientos
gravitando en el vacío del amor.
La extensión es la medida del misterio.
Donde acaba el sentido, el hombre
empieza.

Divina es su célula, cristal de las
cosas,

pantalla de los fenómenos.
¿Quién está detrás de sus ojos,
al fondo de su mirada?
¿Quién está detrás de su máscara?
¿Qué objeto justifica sus razones?
En la matemática del hombre
no cabe el hombre,
pues del hombre emerge la materia.
El hombre no está en el hombre
sino en la ley, en la piedra que en su
ser persiste.

Y la ley es el Sentimiento
concebido en la virginidad de la
mente.

La ley, la roca de la memoria,
permanece en el cambio, como el
agua.

La ley es la vida, y Dios, y el Amor, y la
Palabra,

recipiente argumental de nuestra fe,
del deseo de nuestro infinito viaje:
destino, mensaje musical del mar,
cuyo esplendor, en sueños,
apenas se percibe algunas veces
en fábula de pálida llama,
en profunda raíz de inteligencia,
en vaso de dudosa luz.
Un árbol es la piel de nuestro
asombro.

Una vida,
la Vida,
expandida en ramas de diversidad
que respiran por las hojas del sentir.
Sentir o saber,
ser,
ver desde una ventana el todo,
amar desde un planeta de esperanza,
y despertar en los brazos del día,
el día fundamental del comprender.

XVI
EL HIJO SACRIFICADO

El Desierto de la soledad del hombre
recorrido por el Pastor-Patriarca cuyo corazón es lámpara,
Abraham, padre de pueblos, descendiente de la noche,
es saqueado por los ejércitos del viento,
por las doctrinas de la opinión, por las teorías
que desvirtúan la pureza del Principio.
Yavé, el que es, oxígeno del tiempo,
y milagro patente del sentir del amor,
decreta su único mandamiento: el sacrificio.
¿Quién podrá cumplirlo?
Su palabra es un trueno en el oído temeroso.
Moriah, el monte del esfuerzo y de la muerte, es pedregoso y duro.
Un primogénito, esperanza del Patriarca, su Nombre,
va a ser borrado de la memoria del Ser.
"Padre" dice el niño, "¿Dónde está el cordero?".
"Dios dará el cordero" responde el Patriarca con lágrimas, previsor del desenlace, mientras desenvaina el cuchillo del olvido, con el que terminará para siempre con su imagen.
El Altar es la áspera aridez de la peña, la Ciencia, que es el desengaño, "¡oh corazón!" grita el padre, "¡Hasta siempre!".
Vuelve el niño la cabeza, y ve sin comprender, a su padre ofreciéndole el amargo veneno de la muerte.
El padre cierra los ojos.
De pronto, en la caverna oscura de su fe, una velocísima luz alcanza su mente e ilumina el teatro de su rostro.
¿Hay vida en la muerte?
¿Quién es el que reina sobre la destrucción?
Sobre el sepulcro vuela el ángel de la alegría.
El impulso del desesperado es detenido por una columna de energía.
Su cuerpo se paraliza por el estertor de la comprensión.
El arma del crimen cae, derribada y grávida, a sus pies.
El sacrificio está consumado.
¿Dónde está la víctima?
La muerte es la víctima, el miedo de la oscuridad sin freno horadada por la lanza del amor, que ha invertido el recorrido de la sangre.
La caída hacia el centro es elevación.
El Patriarca conoce a Yavé, música de bondad, y la ceguera del abrupto desierto de las ruinas del pensamiento, desolado esqueleto de vanidades, modela en claridad la iluminación.
La extensión circular del universo está en el ojo que mira.
Isaac, el primogénito, brote de la memoria, rescatado del huracán de la desaparición, ve un cordero joven con los breves cuernos enredados en las zarzas de la apariencia.
He aquí la salvación, el saluda, la salud y el salto incontenible de la vida.
El padre abraza al hijo sacrificado y rescatado en el suicidio del temor.

Se han reconciliado los dos contrarios, el Oriente y el Occidente, el Espacio y el Tiempo por medio de la alianza de sangre del cordero inmolado bajo la providencia del tórrido sol, la Inteligencia.
Este es el día del Hombre.
Este es el día de la Eternidad.

XVII

RETRATO DE LO INVISIBLE

Busco en el mar una isla,
busco en la mecánica flor de la materia
una cadencia indestructible.
En las declinaciones del conocimiento,
anhelo la raíz y el origen del canto,
el concepto, la clave, el sentido,
la sensación inexplicable de la vida,
la invisible ciudad de la conciencia.
No quiero la vanidad del movimiento,
los ciclos, las órbitas, los torrentes,
sino el íntimo edén de la quietud.
Quiero que los elementos diferenciales
se hagan uno en mi corazón,
cabeza del ser,
donde está la boca del alma y del lenguaje,
donde está la puerta de la comunicación,
que es la vida y la explicación que sentimos.
La verdad se siente.
Es la dirección de nuestros pasos ciegos;
es la ilusión de lo real, el camino.
Sé lo que amo,
la sed profunda es lo que sé, lo que me guía
al encuentro con lo que desconozco.
De lo invisible a lo invisible voy
por la senda social de lo visible.

XVIII

DUALISMO EN EL HOMBRE

Gilgamesh, el guerrero, el fuerte, el insensible, se encontró frente al río con Enkidú, el débil, el enamorado. Ninguno de los dos sabían que eran hermanos, porque la naturaleza –el juego del asombro, que consiste en caminar a ciegas- se divertía en colocarlos a ambos a una equidistante simetría de la línea lógica del espejo, laberinto de alucinaciones, la ciencia de anotar los números de la diferencia. Ambos se vieron y no se conocieron, ambos tocaron el cristal de la separación pero no lo rompieron, y se quedaron absortos contemplándose, porque cada uno había vivido ignorando la existencia del otro. Gilgamesh era el arte de la ciudad y poseía el dominio de las armas que someten a los animales de los símbolos: el arco y la flecha. Enkidú, por su parte, había nacido en el campo y sabía entrar en la memoria del mundo: conocía el don divino de la música. Si uno era la flor, el otro era su perfume. Si uno era el poder, el otro era la alegría. Uno sin otro, ninguno de los dos. ¿Cómo podía ser que cada uno fuese una imagen del que miraba? ¿Cada cual, Narciso de sí mismo? Los dos mundos, el de la materia y el del espíritu, se habían unido en la perfección. Y la perfección era el rito de la mutua contemplación, el amor, propiedad de igualar a los contrarios. Inmóviles en el ser quedaron para siempre.

XIX

Te has derramado en sangre, Libertador.
Quien bebe de ella obtiene tu amor.

En la cruz del Deber padeciste,
en los clavos del Dolor.
Tu voz me dijo al oído:
“mi palabra es mi acción.
Mi palabra no es de odio.
Es palabra de perdón”.
Yo te vi, de lejos, sufriendo,
y no entendí tu pasión.
Por qué un justo había muerto,
en castigo, pena y traición;
por qué un justo sin culpa posible,
por qué no yo.
Y me llamaste con firme acento
aunque con suave voz.
La luz no bajaba del cielo,
venía de su corazón.
Nadie estaba contigo, solo estábamos
en el mundo verbal los dos.
Yo no pude decir nada,
no hallé ninguna razón.
En la muerte, sonreías.

Lo recuerdo como hoy.
Creí que te ibas para siempre.
Mi alma decía “no”.
Si tú te vas, qué nos queda.
Si tú te vas, muere Dios.
Pero tú seguías hablando,
hablabas al interior,
desde todas partes hablabas,
en todo estaba tu voz.
Eras tú el tiempo mismo,
era el universo un reloj.
Me dijiste: “Yo me quedo,
porque en tu memoria estoy,
porque mi sangre es tu sangre,
porque el beso de Dios soy.
Solo quiero mostrarte
el camino de tu Padre, Dios.
Si amas, vivirás por siempre,
porque el tiempo es el amor.
Tu vida es tu sentimiento;
lo demás, figuración,
sueño vano de tu mente,
teatro de la emoción,
recreado en soledad oscura,
aislada habitación.
Hoy el mundo en ti ha nacido,
hoy comienza la Creación”.
Después, la musa de tu aliento;
tu espíritu, en mi habitó.
Enamorado, comprendí
y te llamé Salvador.

Te has derramado en sangre, Libertador.
Quien de ella bebe obtiene tu Amor.

XX

EL ENCUENTRO

Con el Maestro del Mundo estábamos reunidos.
Él nos enseñaba con el dedo las cosas,
y explicaba su causa y su medida,
nombrando su imagen que la nuestra compartía.
Hacía volar los términos y darles nuevas formas,
moldeándolos con la boca del alma,
y su elocuencia nos enamoraba con su lúcido canto

como escala más veloz que el viento
por la que ascendía, a veces, el vapor del pensar.
Le rogamos, entonces, al Maestro, al Espíritu
-que es el árbol del amor que está en nosotros-
que nos revelara su identidad, su nombre,
libro de todos los nombres y caminos.
Él nos invitó a seguirle por el monte del esfuerzo,
por la elevada senda que Tabor se llamaba.
Solo tres de nosotros llegamos a la cima,
detrás de él, a su cumbre nevada.
En ella el mismo suelo de luz blanca era,
inaprensible al recuerdo, casi un sentimiento mismo,
y, fatigados de mirar tanta pureza desnuda,
nos sentamos, rendidos, en la región del sueño,
aunque nunca más despiertos habíamos estado.
El Maestro nos miró y nos preguntó
qué veíamos desde el vértice de la vida.
Le dijimos: vemos los cinco continentes,
como cinco dedos de una mano tendida,
y cada uno es un sentido por el cual los objetos
nadando en el cauce de sus aguas mentales,
en nuestra inteligencia convergen, vasto océano,
infinita sustancia de música sola
que repite en grabación susurrante y maternal
los versos elementales de la providencia.
Nos volvió a preguntar más allá qué veíamos.
Distancia, dijimos, constelada en galaxias,
como arenas radiantes que penden del Misterio,
donde la mirada se sumerge en asombro,
donde naufragamos en contemplación.
El Maestro nos dijo: lo que veis es la Nada.
Entonces sus vestidos, que eran sus argumentos,
adquirieron el brillo de la perfección nítida,
y el clásico perfil de las cosas oídas
- emotivas facciones de quien nos hablaba-
cambiaron de dimensión haciéndose ventanas
por las que irrumpían cascadas de alegría.
Entonces supimos que éramos el Maestro,
entonces comprendimos que éramos el mismo
en los miembros sucesivos del tiempo,
formas que se suceden en la meditación.
Los límites de las cosas se fueron borrando
hasta convertirse en campo de unidad.
Los cuerpos cayeron en el Sentido
y se disolvieron en su paz consciente.
Se desmayó el temor en cómica mueca,
y la muerte se condenó a sí misma.
Los tres éramos uno en el rostro del Principio,
y la cumbre era esfera de amor que nos comprendía.
Partícipes en ella, en su silencio estábamos.

Nuestra naturaleza una sonrisa era.
Y Dios se hizo en nosotros Creación.

XXI

La anatomía del Amor es la vida.
En su liberación redentora,
el animal humano se hace Dios.
Las cosas son mensajes que a él nos remiten,
y su reino es nuestra mente,
máquina cuya energía es su gracia,
el universo físico de su presencia.
En la extensión dispersos estamos,
mas cuando nos unimos, somos Él,
porque Él nos habita en cada cosa
como una fuente de remota alegría.
Cambiamos hasta alcanzar sus aguas
de las que es nuestro sueño reflejo,
adquiriendo apariencias en el tiempo
por medio de la inteligencia, que es la sed.
Mas las formas envejecen en el viaje
soñado del deseo, y alcanzamos
el continente de la Realidad,
donde en las santas playas de lo eterno,
memoria de las arenas del tiempo,
somos sustancia de felicidad.

FIN

ORENSE

10-11-2009